

## ENTRALAZAR LOS HILOS DE LA MEMORIA Y LA HISTORIA A PROPOSITO DE UN LIBRO SOBRE DARIO BETANCOURT ECHEVERRY\*

Renán Vega Cantor

“Recordar es fácil para quien tiene memoria, olvidar es difícil para quien tiene corazón”.  
Gabriel García Márquez

Con motivo del lanzamiento de esta obra consagrada a rememorar la obra y la vida del profesor Darío Betancourt Echeverry, secuestrado el 30 de abril de 1999 y posteriormente asesinado, quiero presentar unas breves reflexiones sobre los hilos invisibles que unen a la historia y la memoria. Dichas reflexiones se apoyan en mi propia experiencia vivida, como amigo y colega de Darío, para evocar un hecho terriblemente doloroso que ha marcado la historia de la Universidad Pedagógica Nacional.



1

“Siento venir a mí la precariedad del dolor que conocí. / Es apenas un instante, el gesto, esa fragancia de luz que/ se eterniza en el pasado. / [...] Que nadie / olvide, la memoria es apenas un sueño / para crear la historia del mañana. / [...] La pregunta del presente es: ¿dejarás / que entierren el sueño que movió sus días / en la perfecta fosa del olvido más noche? / ¿Qué mira tu conciencia abierta? / ¿Has hecho de tus ojos un cuchillo que vigila? / Cerrar los ojos anticipa la muerte mientras el vacío todavía recibe / a ese hombre vendado. / La belleza también relampaguea y grita...”.

Vicente Zito Lema, Buenos Aires, abril de 2017.

Este libro se mueve al mismo tiempo entre la memoria y la historia, entre las que existen muchos puentes que no se deben romper. Con relación a la historia deben reconocerse las limitaciones inherentes a sus procesos tradicionales de conocimiento, tales como el alcance de las fuentes escritas, para incorporar otras voces, las de los testigos directos de los acontecimientos, los cuales pueden “ofrecer elementos de conocimiento fáctico inaccesibles por otras fuentes, pero, sobre todo, puede ayudarle a restituir la *calidad* de una experiencia histórica, que cambia de textura una vez se enriquece con las vivencias de sus actores”<sup>1</sup>. Como en forma gráfica lo señalaba Walter Benjamin, la memoria se “asemeja a rayos ultravioletas

---

\* Jhon Diego Domínguez y Piedad Ortega Valencia (Editores), *Persistencias de la memoria y la historia. Homenaje a Darío Betancourt Echeverry (1952-1999)*, Impresol, SINTRA UPN, ASPU-UPN y SINATRAUNAL, Bogotá, 2017, 224 páginas.

<sup>1</sup>. Enzo Traverso, Enzo Traverso, *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, Marcial Pons, Madrid, 2007, p. 17. (Énfasis en el original).

capaces de detectar aspectos nunca vistos de la realidad", tanto del pasado como del presente, porque la memoria, toda memoria, nos quiere decir algo sobre el presente<sup>2</sup>.

Poder "detectar aspectos nunca antes vistos de la realidad" es algo que las fuentes convencionales no pueden lograr y a lo cual sí nos ayudan mucho de los testimonios presentes en este libro. Entre tales aspectos se encuentran percepciones, vivencias, experiencias y recuerdos que difícilmente aparecen en las fuentes convencionales y sólo emergen a través de la memoria, como cuando se evoca la personalidad de Darío Betancourt por aquellos que lo conocimos de manera directa.

Otro elemento que reconcilia la memoria y la historia se basa en un hecho elemental: el historiador no vive fuera y alejado de las "pasiones del mundo", lo cual significa que soporta los condicionamientos de su respectivo contexto social y cultural. No puede eludir la influencia de sus propios recuerdos ni negarlos, aunque, como historiador, deba intentar un distanciamiento crítico y situarlos en un contexto más amplio. Así,

La distancia cronológica que separa al historiador del objeto de su investigación crea una especie de pantalla protectora, pero la emoción que, a menudo de manera imprevista y repentina, resurge a lo largo de su trabajo sólo puede vencer este diafragma temporal. Esta empatía unida a la vivencia individual del historiador no tiene forzosamente efectos negativos. Puede también ser fructífera, a condición de que el historiador sea consciente de ella y sepa "dominarla"<sup>3</sup>.

Precisamente, un esfuerzo similar se hace en este libro en el que se combina la experiencia profesional, sustentada en saberes académicos, junto con su "experiencia vivida", referida a la vida y obra de Darío Betancourt, así como a los lugares que habitó, entre ellos y en forma destacada la Universidad Pedagógica Nacional. En esta medida, estamos hablando de una *memoria espacial y temporal* que resulta imprescindible para la reconstrucción de esa vida.

Este libro al sistematizar y organizar un variado conjunto de fuentes se convierte en un instrumento para futuras investigaciones históricas. En forma simultánea, esta obra es el resultado de una labor de reconstrucción que acude a la búsqueda de evidencias, que caracterizan a la indagación histórica y es un esfuerzo por rescatar recuerdos y vivencias que iluminan aquello que las fuentes convencionales no nos muestran.

Otro aspecto neurálgico sobre las relaciones entre memoria e historia adquiere una impresionante actualidad: la función que cumple el *olvido* y la *amnesia colectiva* como mecanismos encaminados a legitimar la impunidad de los criminales, vinculados al terrorismo de estado. Recordemos que la impunidad y la criminalización de la protesta social se han impuesto en Colombia para favorecer y proteger a los viejos y nuevos delincuentes de las clases dominantes. Cuando en este país se ha constituido un capitalismo gansteril, con sus derivaciones en los ámbitos político (la eufemística parapolítica, la corrupción a alto nivel, la "pulcritud" de la justicia...), cultural (estética traqueta) y social (arribismo e intolerancia con los que piensen distinto, anticomunismo primario y cerril), el olvido desempeña un papel fundamental para justificar la injusticia y las desigualdades y proteger a los criminales. Como consecuencia, en nuestro medio son palpables dos destrucciones, las de la memoria y las de la historia: "Por un lado, la memoria se ha erigido no sólo contra el olvido, sino sobre todo contra un régimen político que oculta y niega el crimen en el presente. Por otro lado, la escritura de la Historia ha sido obstruida ya que la ocultación pasa por el cierre de archivos y la multiplicación de obstáculos a la investigación"<sup>4</sup>.

En esta perspectiva, acá en Colombia –y eso lo ilumina el dramático caso de Darío Betancourt– se enfrentan dos tipos de memoria: uno vinculado al relato oficial e institucional, el de los

---

<sup>2</sup>. Citado en Manuel Reyes Mate, "Memoria e historia: dos lecturas del pasado", en *Letras Libres*, No. 44, febrero de 2006, p. 45.

<sup>3</sup>. E. Traverzo, *op. cit.*, p. 32.

<sup>4</sup>. *Ibíd.*, p. 43.

masacradores y el relato de los vencidos. Con esto se evidencia que la cuestión de la memoria es un asunto político, en el cual se disputa no sólo el control del pasado, sino del presente y del futuro. La memoria constituye un campo de batalla en el que se juegan no solamente interpretaciones sobre el pasado sino proyectos para hoy y mañana. Por esa circunstancia, la expropiación de la memoria de los vencidos y sus luchas es un objetivo prioritario de los vencedores, para erradicar cualquier semilla que brinde esperanza y consuelo de un mundo diferente, y para que se acepte el orden existente como el único posible y deseable. Para los vencedores, en lugar de la memoria se impone el olvido y la amnesia o, cuando mucho, en el mejor de los casos, una memoria escolástica e institucional, que le rinde culto a las gestas de los “héroes” de las clases dominantes (hoy por hoy los militares, santificados por el Vaticano) y que invita a la pasividad y la resignación porque nunca se podrá vivir de otro modo distinto al que impera ahora. Para los vencidos, la memoria tiene, por el contrario, un sentido subversivo, porque recupera los momentos en que los olvidados de siempre se rebelaron, lucharon e intentaron construir un orden diferente, otro mundo, en el cual no impere ni la desigualdad ni la injusticia. La memoria institucional pretende imponer el lema “No vuelvas a repetirlo”, porque si lo intentas siempre el resultado será igual, esto es, el fracaso y la derrota. La memoria de los vencidos busca demostrarnos que si alguna vez se consiguió algo, ahora también se puede lograr. O, para decirlo con una frase de Lewis Carrol en *Alicia en el País de las Maravillas*: “es un tipo de memoria muy pobre la que solo funciona hacia atrás”. Mantener el recuerdo de los derrotados no es poca cosa ni es algo insignificante, es una tarea política con sentido estratégico para que la rememoración de los que ayer lucharon se conviertan en la simiente que alimente las luchas de nuestro tiempo, para construir otro futuro. La referencia por parte de los silenciados y discriminados ayuda a construir sentimientos de autoconfianza y valoración de sus propias capacidades y de las del grupo humano al que pertenecen, en el caso que nos ocupa la comunidad de la UPN. En resumen: “Así como el presente otorga un sentido al pasado, éste provee a los actores de la historia de un inmenso reservorio de recuerdos y experiencias sin las cuales no podrían trazar el futuro, formular sus expectativas, alimentar sus utopías”<sup>5</sup>.

## 2

“El hombre no debe renunciar a la memoria a cambio de la comodidad y la placidez que da el olvido, porque el hombre, ¿es memoria o qué?”.

Juan Gelman

Al hablar de este libro resulta forzoso evocar mi propia memoria personal, puesto que yo conocí a Darío Betancourt, con quien desarrollamos una cordial amistad durante quince años. En este libro yo participo como coautor y además soy uno de los sujetos que acompañó a Darío en los últimos momentos de su existencia en este espacio, el de la UPN. Hablamos entonces de *una amistad con historia y memoria*.

*Una amistad con historia* en el sentido restringido de la palabra –el saber y quehacer historiográfico– por nuestros vínculos como personas interesadas en indagar sobre el devenir de la sociedad contemporánea, y especialmente de Colombia. Como historiadores tuvimos lazos y nexos, en varios espacios y circunstancias: estudiantes de la primera promoción de la Maestría en Historia de la Universidad Nacional (1984-1986); redactores independientes de varios fascículos de la Historia de Colombia de Editorial La Oveja Negra (1985-1986); profesores de historia en las Universidades Santo Tomás, Distrital y Pedagógica. Fue en este último lugar donde se forjó un proyecto común, aunque no exento de diferencias, encaminado a implementar un programa actualizado y crítico de Ciencias Sociales en general

---

<sup>5</sup> Enzo Traverso, *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2012, p. 318.

y en el campo de la enseñanza de la historia en particular. A ese proyecto de investigación y enseñanza en la UPN se vinculó Darío desde mediados de la década de 1980 y lo rubricó a partir de su vinculación como profesor de planta a comienzos de 1989, una propuesta de renovación, que se plasmaría en su gestión como Director del Departamento de Ciencias Sociales, cargo que desempeñaba con seriedad y responsabilidad en el momento en que lo desaparecieron y lo asesinaron. Dieciocho años después, nosotros seguimos acá afrontando esos mismos retos de dignificar el oficio de investigar y de formar docentes.

*Una amistad con memoria*, la mía, que parte del supuesto de Juan Manuel Serrat sobre lo que son los recuerdos y lo que viene con ellos cuando volvemos a vivir los hechos de aquel inolvidable viernes 30 de abril de 1999: “Recuerdos que volaron lejos/ o que los armarios encierran;/ cuando está por cambiar el tiempo,/ como las heridas de guerra, /vuelven a dolernos de nuevo”.

Basándome en mi memoria quiero recordar a Darío como historiador, algo que no puede dissociarse de su personalidad y su carácter. Al respecto recuerdo su entrañable vínculo con el Valle del Cauca, como se aprecia en su obra escrita, en la cual esta región ocupa un lugar central y alrededor de la misma se generaron sus principales aportes al conocimiento historiográfico del país. Ese escenario geográfico fue su laboratorio de conocimiento de la violencia contemporánea de este país, su tema favorito, su obsesión personal, sobre lo que realizó una contribución duradera, como es la referida al estudio sobre los “pájaros” (sicarios y paracos) de mediados del siglo XX.

Existen dos tipos de historiadores, los apresurados que no ven sino que miran, sin indagar a fondo sobre los procesos sociales, y aquellos inquietos y perspicaces que averiguan, preguntan, dudan. A estos segundos pertenecía Darío Betancourt, porque como le dijo José Saramago: “El pasado es un inmenso pedregal que a muchos les gustaría recorrer como si de una autopista se tratara, mientras otros, pacientemente, van de piedra en piedra, y las levantan, porque necesitan saber que hay debajo de ellas”<sup>6</sup>. Darío buscaba de piedra en piedra, porque además había estudiado arte precolombino, para explicar y entender el trasfondo de la violencia estructural de la sociedad colombiana durante gran parte del siglo XX.

Su reflexión historiográfica iba acompañada de una distancia crítica con respecto a los intelectuales, entre ellos los miembros de la Nueva Historia, que se plegaron al Estado y al bipartidismo. En diversas ocasiones manifestó en público sus críticas a ese tipo de intelectualidad conversa y la manera cómo eso entorpecía la investigación independiente.

Darío entendió que en este país es imposible ser un “investigador puro”, divorciado de la enseñanza. Él combinó con rigor la investigación, la docencia y la divulgación del conocimiento histórico, algo que se evidenciaba en la pasión y enjundia con que desarrollaba una clase, dictaba una charla o una conferencia. En este ámbito Darío estuvo muy lejos del culto fetichista a la investigación, que se auto complace en forma narcisista con sus propias prácticas y resultados y se refugia en una “torre de marfil”, alejada del mundo real. Darío se deleitaba comunicando sus hallazgos, los métodos y procedimientos de investigación, socializando sus resultados y recalando que en Colombia difícilmente se vive de la investigación, razón por la cual hay que desempeñarse con altura y decoro como profesor.

Darío no fue un académico convencional, por fortuna. Fue un hombre comprometido, en el sentido más noble de la palabra, con la política, o mejor, fundió la academia y la política con altura y por eso él le gustaba mucho recordar el análisis de Antonio Gramsci sobre el “intelectual orgánico”. Valga recordar que Darío participó activamente en el paro nacional estatal de octubre de 1998, uno de cuyos epicentros importantes fue la UPN. Incluso, en los días subsiguientes a su desaparición, se rumoró con insistencia que el rol activo que Darío había jugado en ese paro explicaba lo que le habían hecho. Y el rumor no era infundado, si

---

<sup>6</sup>. José Saramago, *El viaje del elefante*, Prisa Ediciones, Bogotá, 2013, p. 35.

recordamos que en las tres semanas que duró ese paro fueron asesinados varios dirigentes sindicales, entre ellos Jorge Luis Ortega, vicepresidente de la CUT.

Para resumir, de Darío nos queda su profundo amor a su tierra natal, su persistencia y terquedad en indagar sobre un problema durante muchos años, su pasión por el estudio de las diversas formas de violencia, la combinación productiva de docencia e investigación y su compromiso social con las luchas de los trabajadores. Este es el legado de Darío Betancourt, que queda como patrimonio de la Universidad Pública y que, nosotros sus amigos y colegas, debemos preservar e enriquecer en la perspectiva de contribuir a crear una conciencia crítica que algún día pueda materializarse en formas de organización social menos brutales que el capitalismo salvaje que hoy se enseorea en la sociedad colombiana, y que amenaza con arrasarnos a todos. El libro que presentamos es parte de esa herencia, retomada por miembros activos y pensantes de nuestra UPN, y ha sido publicado contra viento y marea.

### 3

“Todo está escondido en la memoria, refugio de la vida y de la historia”  
León Gioco

Quiero evocar, por último, el recuerdo personal de lo acontecido el viernes 30 de abril de 1999, cuando vi a Darío por última vez, en el pasillo del tercer piso del edificio A de la UPN, al frente del centro de Documentación Germán Colmenares. Y quiero hacerlo copiando en forma textual lo que escribí en septiembre de 1999, justo en el momento en que se confirmó que los restos encontrados en un lugar entre Choconta y Villapinzón hacia algunas semanas correspondían, según estudios genéticos, a los de Darío. Y esta evocación la hago apoyándome en Juan Gelman, un poeta de la memoria y de la lucha por la verdad y contra la impunidad, quien afirmó que “lo contrario de la memoria no es el olvido, sino la verdad” y escribió: “La memoria no se quiere apagar /lo sabe/el animal dolor / razón del gran silencio / sombra de lo que ya no fue / vacío lleno de rostros”.

Después de ese día nada será igual para mí. Existen fechas imborrables, que por lo que suelen representar, se convierten en momentos emblemáticos para nuestra vida. Siempre gravitará en mí ser ese día y constantemente recordaré la última conversación con mi entrañable amigo. Estábamos en vísperas del Primero de Mayo, fecha en la que casi todos los años nos encontrábamos en las manifestaciones obreras de Bogotá, por lo común en la plaza de Bolívar. Darío me dijo que él quería ir a esa manifestación, de la que pensaba iba a ser muy concurrida y beligerante, pero que le sería difícil ya que, debido a la muerte de uno de nuestros colegas de Ciencias Sociales, él debía estar, como Jefe de Departamento, presente en las exequias que se realizaban ese mismo sábado primero de mayo. Incluso esa tarde ambos concurrimos a la funeraria donde se velaban los restos de ese colega. Vaya paradoja, que uno de los últimos lugares en donde nos encontramos haya sido en un casa fúnebre, a la que asistimos sin imaginar lo que sucedería horas después.

El domingo él debería partir con los estudiantes de sexto semestre en el curso de Historia de Colombia Siglo XX para la salida de campo a su amado Valle del Cauca, salida que él había creado e institucionalizado en el Departamento, y en la que, entre paréntesis, yo tuve la ocasión de participar –y en la que aprendí mucho de lo que Darío sabía sobre su tierra natal– en 1989 y 1990, y en esta última ocasión departimos alegremente al final del trabajo. A finales de 1990, lo recuerdo bien, nos tomamos unos tragos en su natal Restrepo un sábado por la noche. Pues bien, ese viernes 30 de abril nos despedimos por última vez y Darío me dijo que nos veríamos una semana después, luego de su regreso del Valle. Nunca imagine que esa sería nuestra última conversación.

Por todo lo que significaba Darío, nos duele su ausencia. Lo recordaremos en nuestros pasillos, en nuestros salones, en el “aeropuerto”, en el Centro de Documentación y en todos

los lugares que durante más de 10 años él recorrió y a los que les dio vida. Nos harán falta su elocuencia, su terquedad, sus comentarios picantes, sus intervenciones en las asambleas, su compañía en las marchas y manifestaciones. Ya no escucharemos sus conferencias ni compartiremos sus nuevos proyectos investigativos, al calor de un tinto, de una cerveza, o de un trago. Todo esto nos faltará, pero tendremos el recuerdo y la memoria de alguien que no paso ni anónimo ni desapercibido por la vida y que nos aportó lo mejor de sí, a nosotros sus compañeros y colegas pero, sobre todo, a varias generaciones de estudiantes de Ciencias Sociales, que hoy continúan su labor en diversos lugares del país.

El asesinato de Darío, ese hecho doloroso y desgarrador, me ha servido para recordar, para atizar nuestra memoria con el flujo constante de mi propia experiencia vital, que a pesar de lo insignificante que haya sido -con respecto a una historia colombiana y mundial pletórica en acontecimientos y hechos de gran densidad histórica- nos has puesto de frente a nuestra propia historicidad y ante el drama de la violencia que azota a nuestro sufrido país. Con el asesinato de Darío, se ha puesto de presente que los investigadores sociales y los profesores universitarios somos algo más que libros y clases y, aceptémoslo o no, sentimos y vivimos en forma directa las contradicciones de nuestra sociedad. Esta idea tan elemental, en tiempos ya lejanos el abc de la labor intelectual, parecía haberse olvidado, pero la dolorosa muerte de nuestro compañero Darío nos lo ha vuelto a recordar en forma dramática.

Por ello, podemos concluir, con José Saramago: “Somos la memoria que tenemos y la responsabilidad que asumimos, sin memoria no existimos y sin responsabilidad quizá no merezcamos existir”.

Bogotá, septiembre 19 de 2017.